

Estos extensos puntos de vista sociales animaron en la antigüedad á nuestros grandes Papas, inspirándoles aquella fuerza reformadora y unificante de que la historia ofrece tan admirables testimonios. Su influencia no provenía de astucia política, sino de su perspicacia, de su acción social, de su espíritu eminentemente católico. Gracias á Dios, podemos gloriarnos de ver en León XIII al Papa que, en estas materias, nos recuerda los días más hermosos de la Iglesia. Dios da siempre á su Iglesia los pastores que exigen las necesidades de los tiempos, y nos los da, no para que nos vanagloriemos de ellos con palabras vanas, sino para que imitemos sus ejemplos.

**7. El deber de la hora presente consiste en la renovación de la sociedad.**—Una de las necesidades que se imponen en la hora actual consiste en comprender de nuevo que la humanidad, como formando un todo, no puede mantenerse sana y vigorosa, sino por el sentimiento de la comunidad, es decir, por una sumisión común al mismo derecho y al mismo deber, á la misma moral y á la misma religión, y por la misma vida común, esto es, por los mismos sacrificios para el bien común y general y para la cooperación recíproca.

Hace ya un siglo que el mundo no oye más que las palabras libertad, independencia y autonomía. El liberalismo ha explotado por completo en su provecho este período, durante el cual, ha reinado como dueño absoluto, cosa que aun sus enemigos deben confesar. Ha engordado á expensas de la sociedad, de la cual ya no queda más que el esqueleto, el cual se disgrega y comienza á caer á trozos.

Pero la venganza no ha faltado ni podía faltar. Semejante fraccionamiento ya no es una sociedad; bajo la opresión del individualismo imperante, no es posible sociedad alguna. Pero la sociedad ha de existir, porque el hombre ha sido creado para vivir en ella. Así se hizo inevitable el socialismo, como formidable reacción contra la disolución de la sociedad. Pero es irresistible en su ensayo de

una monstruosa restauración de la sociedad, porque ningún orden natural social se le opone.

De ambos males, á saber, de la destrucción del organismo social por el liberalismo, y de la lucha para formar una nueva sociedad artificial por el socialismo, ha nacido el fantasma de la *cuestión social*. Quizás sin darse cuenta de ello, han escogido los hombres el nombre que más podía convenir á la enfermedad de nuestra época. Sí, todo sufre, no sólo la vida económica, política y moral, sino la misma sociedad. Y todos están igualmente en lo justo, cuando dicen que el deber más apremiante de la época es la *solución de la cuestión social*. No se trata únicamente de restablecer las justas relaciones económicas, y de sanear las situaciones políticas; no sólo se trata de renovar la familia y la educación; no sólo de realzar la moral y la religión, aunque todo esto sea de suma necesidad, sino que se trata también de regenerar la sociedad.

**8. La ciencia social.**—La palabra sociedad y todo lo que ella comprende,—lo sabemos muy bien—casi se ha desacreditado, no sólo porque los socialistas le han dado mal sabor, sino principalmente por culpa de aquellos sabios liberales y progresistas que se han impuesto como un deber de su vida, introducir la llamada sociología como base ó término de todas las ramas de la ciencia. Verdad es que esta empresa no es nueva, sino que recuerda mucho á los cínicos y á los estoicos, y aun más á Hobbes y Rousseau. Los modernos: Comte, Herberto Spencer, Benjamín Kidd, F. H. Bradley, John Lubbock, Engels, Post, Gumpłowicz, Letourneau y muchos otros, <sup>(1)</sup> se distinguen de sus antecesores únicamente en que mezclan, con la levadura de las más peligrosas hipótesis de la filosofía del derecho, todo lo que el evolucionismo panteísta de Hegel, el materialismo de Darwin, la etnología y la historia de la cultura, han emitido como más monstruoso é in-

(1) Ludw. Stein, *Die soziale Frage*, 14 y sig. Elster, *Wörterbuch der Volkswirtschaft*, II, 576 y sig. Bliss, *Encyclopedia of Social reform*, 1277 y sig.



digno del hombre. Así ha nacido, de esta supuesta ciencia social, una caricatura de lo que se llamaba en otro tiempo filosofía de la historia, una mezcla anticientífica, que exhala un olor de caza manida, en la cual se percibe, por el gusto, su origen inglés, dadas las crudezas, los caprichos y absurdos intelectuales que contiene. No hay que maravillarse, pues, de que las personas reflexivas se muestren asustadas, cuando oyen hablar de ciencia social.

Ahora bien, que nadie se figure que nos proponemos hacer depender la salvación de la sociedad de una ciencia equívoca, pero tampoco queremos arrebatarle el mérito que le es debido. Al echar en un recipiente todo lo que nuestra época sabe y no sabe, y al hacer con ello un potaje de brujas, ante el cual—como dice Bastián—se quede perplejo el sabio, se ha producido por lo menos un bien, el de dirigir las miradas hacia más vastos horizontes, en tanto que, antes, el mundo miope buscaba las causas del mal en un círculo muy limitado. Debemos especialmente á Herberto Spencer el haber indicado, del modo más expreso, en su *Introducción á la Ciencia Social*, la dependencia íntima que, en la vida social, existe entre los hechos más lejanos. Porque, en realidad, jamás se llamará suficientemente la atención sobre esta materia. ¿Quién sabe si una falsa doctrina, que tuvo origen en Inglaterra, no manifiesta actualmente sus efectos en las leyes que Italia promulga, ó en las medidas económicas que arruinan á Hungría? Con frecuencia, cosas puramente intelectuales ejercen gran influencia en la reglamentación de las cuestiones materiales. Nadie duda que la santificación del domingo, la elevación y el descenso de la moral pública, el dominio de uno mismo, la castidad, la templanza, la disminución del lujo, el modo de considerar el dinero, la venta y la usura, tienen la mayor importancia en las situaciones económicas. Mérito es, que incontestablemente recae sobre esta nueva corriente intelectual, el haber llamado sobre esto la atención del mundo, el cual, generalmente, pasa de largo sobre puntos tan importantes, sobre las re-

laciones sociales, ó, como dice Carey, sobre la sencillez y unidad de las leyes naturales. Preciso es confesar también que esta tendencia se ha esforzado en poner de relieve la palabra *organismo*. Pero la prueba de que estaba muy poco penetrada del sentido de esta palabra, nos la ofrecen Eissenhart y Schäffle, los cuales, como es sabido, la han hecho casi ridícula al trazar la imagen del cuerpo humano, hasta en sus menores detalles, mostrando con ello que, por organismo, entendían únicamente una organización externa y no la vida interna. <sup>(1)</sup>

Sin embargo, todo depende de esto. Por sociedad, debemos entender toda la humanidad que vive actualmente, la que ha desaparecido de la escena del mundo, y la que nos reemplazará un día. Es muy exacto que la historia del mundo, desde el principio hasta el fin, entra en esta idea, así como el conjunto de los hombres que pueblan hoy la tierra. No se opone á esto que las doctrinas y los actos de las generaciones que hace un siglo pasaron por la tierra, hayan tenido más influencia sobre la fisonomía de la situación actual, que los hombres que marchan hoy á la cabeza del movimiento y dan el tono. Y si el éxito de las ideas que intentamos difundir hoy no es muy considerable en apariencia, no es razón para que nos desalentemos, porque puede ocurrir perfectamente que produzcan sus frutos mucho tiempo después de nuestra desaparición de este mundo.

Pero si, por un lado, debemos extender la idea de sociedad al tiempo y al espacio, allí donde existan y hayan existido hombres, preciso nos es, por otro, restringirla y no contar más que con la humanidad real. Allí donde las cosas no se desenvuelvan de un modo humano, donde se introduzca la vida de los animales como constituyendo la cultura primitiva y el ideal de las costumbres humanas, donde se ofrezca la más horrible degradación como estado natural, ó como la más excelente educación,

(1) Antoine, *Économie sociale*, (2) 110 y sig. Stein, *Soziale Frage*, 494. Pesch, *Liberalismus, Sozialismus*, etc., I, (2), 75.



donde se nos entretenga con ideas fantásticas, de las cuales no pueda uno decir si son fruto de alucinaciones, ó si proceden del antro subterráneo de Delphi, allí se detiene la sociología. Lejos de nosotros, sin embargo, la intención de negar la influencia de potencias superiores invisibles, y, sobre todo, la acción de Dios sobre la sociedad. El hombre no es de tal modo dueño de sí mismo y de la historia, que lo pueda hacer todo con sus propias fuerzas. En todo el campo de su actividad, y en todo el desarrollo de su cultura, depende de Dios y de la naturaleza, tanto como el mismo ser activo y libre es dueño de sus actos y de su historia. Como lo veremos más tarde, se explican, por el conjunto de estas tres causas, el origen del Estado y el desarrollo de la historia del mundo. Sin embargo, una señal de la dirección divina consiste precisamente en que nada se hace sin el hombre, y nada por el aniquilamiento del hombre, sino que todo se hace por mediación del hombre libre.

De aquí que se deba explicar la formación y la misión de la sociedad por hipótesis verdaderamente humanas y de una manera verdaderamente humana. Con esas evoluciones panteístas, desenfrenadas y siniestras, por medio de las cuales se convierte la humanidad en una mata de pólipos; con ese armazón de la historia, de que ha dado el ejemplo el canciller Müller, cuya concepción histórica se asemeja á un simple almacén de hechos destinados á ser explotados por la política, la marcha del mundo no puede continuar. Si hay que fundar una verdadera ciencia social que sirva de alguna utilidad, esta ciencia social debe contar con los hombres reales y con las leyes enseñadas por la razón, con sus acciones y omisiones, con la verdadera historia y el verdadero derecho, con la familia histórica, con el Estado histórico, con los verdaderos deberes relativos á la moral privada y pública, y con la religión.

**9. Importancia de la historia y de la tradición.**—De aquí que demos mucha importancia á estos puntos, esto es, al derecho real, al histórico, al natural, y al nacional. Una

sociología que no sea conservadora, es decir, que no cuente con las instituciones históricas, las tradicionales y las existentes, ni con las estrictas ideas del derecho, no merece un momento de atención. Con razón ha hecho ya observar <sup>(1)</sup> Adam Müller este punto contra Adam Smith, desgraciadamente sin gran éxito para aquellos tiempos ni para los sucesivos. Sin embargo, políticos sociales hay que creen cumplir con su deber apartándose de las viejas fórmulas del derecho, así como de las ideas y organizaciones hereditarias, ó que se imaginan alcanzar su fin tanto más fácilmente, cuanto que con mayor decisión se declaran contra el derecho, la tradición y los deseos del pueblo fundados en la historia.

De aquí que, si bien, por un lado, debemos desear que todos los que están obligados á contribuir con la palabra y la acción á la transformación de las cosas, dirijan sus miradas más allá de la esfera estrecha del individuo, de los partidos y del Estado, es decir, sobre la humanidad entera y su historia, necesario es también insistir en la importancia de que se tenga en cuenta, en la renovación de la sociedad, las particularidades autorizadas y las tradiciones de todas las esferas, clases, corporaciones, municipios, distritos, Estados, y particularmente de la Iglesia. Que Dios preserve al mundo de una transformación, ó, por mejor decir, de una revolución tal como la proyectada por el socialismo, de una desaparición de todo recuerdo del pasado, de una nivelación que no deje subsistir la menor diferencia; en una palabra, de una renovación, en comparación de la cual, el talento nivelador de la Revolución francesa no sería más que un juego de niños.

Desgraciadamente, hace ya muchos siglos que se trabaja en esta empresa del radicalismo. La introducción del derecho romano en el siglo XV señala su aparición, y con tal decisión, que jamás podremos borrar por completo sus consecuencias. En la última mitad del siglo XVIII, la hu-

(1) Ingram, *Geschichte der Volkswirtschaftslehre*, übersetzt von Roschlau, 258 y sig.



manidad dió un paso más en el camino hasta entonces seguido. En su deseo de establecer un nuevo orden de cosas, y particularmente un derecho constitucional en el mundo entero, buscó modelos en todos los pueblos que tenían algún barniz de civilización, aun en China, pero con señalada preferencia en Inglaterra. Ahora, este inmenso campo no basta ya á la supuesta civilización de la época, y de aquí que la historia de la civilización comparada, y principalmente la ciencia del derecho, hagan investigaciones, en las tribus más salvajes, sobre los llamados pueblos de naturaleza, sobre las creaciones de una imaginación más salvaje todavía, sobre los hombres primitivos y sobre los hombres-monos, á fin de encontrar en ellos documentos relativos á la organización de una nueva sociedad.

De aquí que sea tanto más importante aferrarnos á los residuos de nuestras instituciones nacionales, ora para conservarlas, ora para renovarlas. Que nuestro tiempo hable menos de historia, y dé más importancia á la historia real, á la tradición y á las costumbres arraigadas, empresa que también conviene á la virtud de la piedad, la cual tan necesaria es á la vida pública como á la privada. Desgraciadamente, todos, liberales y socialistas, y los que se llaman amigos del pueblo, no creen encontrar la salvación más que en el cambio, en la destrucción, en la renovación y en la imitación ciega y apresurada de lo que han visto en otra parte. Pero no; hoy más que nunca debe ser evidente para todo el mundo que la sociedad sólo puede llegar á ser sana y vigorosa por la adhesión á lo conquistado en tiempos pasados, por la consolidación de lo vacilante, por la renovación del bien nacional disipado.

**10. Importancia de la moral.**—Con esto, habremos dado un paso más con relación á lo que nuestros antepasados sacaron del tesoro de las ideas cristianas y de su experiencia histórica y personal, á fin de poder apreciar más el verdadero sentido conservador, ó, para decirlo de una vez, mas piedad social, y, en general, para apreciar debida-

mente la gran influencia que ejerce la moralidad sobre la sociedad. Punto es este que tenemos demasiado olvidado. Este reproche nos alcanza á todos los que nos llamamos ultraconservadores, ya que nosotros debemos comprender mejor que los demás que, cuando los hilos morales faltan al tejido social—según la feliz expresión de Talbot<sup>(1)</sup>—todo el género aparece gastado y tiene que deshacerse en pedazos.

Ciertamente, es esta una verdad de cuya comprensión depende ante todo la salvación de la sociedad. Por esto no se conserva ya ninguna urdimbre ni ninguna trama; por esto nos vestimos y no sentimos calor;<sup>(2)</sup> por esto cada remiendo que queremos echar al odre agujereado,<sup>(3)</sup> hace mayor el agujero, ya que no nos hemos apercebido de que sólo con hilos morales se puede remendar. Se comprende fácilmente que, con estas palabras, no nos referimos á la moral privada, sino á la pública. En verdad que no es indiferente para la generalidad el que en la vida privada se observen las reglas de la moralidad, de la justicia y del amor; pero es más conveniente que la humanidad entera se considere ligada á la ley moral, ó, para hablar con más exactitud, á los diez mandamientos de la ley de Dios.

Por desgracia, no sólo la sociedad ha descuidado en la práctica este deber fundamental, sino que también lo ha repudiado formalmente, como supuesto obstáculo al progreso económico y político. De aquí proviene la miseria que amenaza arruinar á la sociedad. Con razón dice Tarde que el mayor peligro de la época, el anarquismo, sólo se explica porque la sociedad ha olvidado todas sus obligaciones morales. El espíritu del anarquismo es, por un lado, una *vendetta* social, una venganza de sangre, que la clase oprimida inferior toma en la hasta ahora única poderosa, porque ésta ha olvidado por completo las leyes

(1) *Moral threads in social webs. Economic Review*, Abril de 1894. *Rivista Internazionale*, V, 282 y sig.

(2) Ag., I, 6.

(3) Matth., IX, 17.



morales; y, por otro, la convicción de que también es lícito á la clase que sufre lo que se permite la que impera. En una palabra, el anarquismo social es tan sólo una consecuencia necesaria del anarquismo moral. <sup>(1)</sup>

Y así es en efecto. El anarquismo,—dice muy bien Hogan <sup>(2)</sup>—no sólo es la expresión grosera del malestar social, sino una consecuencia necesaria del pensar y querer revolucionario; en una palabra, de ese espíritu que se ha hecho independiente de Dios y dueño absoluto de sus acciones. El anarquista no es un endemoniado, un visionario, un loco, ni tampoco un pensador profundo, como Eliseo Reclus asegura, sino un consecuente. Mucho se ha criticado á Vaillant porque sostuvo que se había limitado á poner en práctica las doctrinas de Diderot, Darwin, Büchner y Herberto Spencer. <sup>(3)</sup> Pero el disgusto no era fundado. También Krapotkin declara que el anarquismo saca sencillamente las consecuencias de la nueva filosofía. Quien conozca las leyes de la historia, no se admirará en manera alguna de que haya ocurrido esto, pues es lo que debía ocurrir y lo que ocurrirá siempre. Á la anarquía del pensamiento y de la moral, debía seguir la anarquía de la acción, so pena de perder la confianza en la lógica de los hechos, ó hacer imposible que el hombre sea lo que es. <sup>(4)</sup> El orden antiguo descansaba en las viejas leyes de la moral y del derecho; el nuevo desorden se deriva de la ruina de las ideas y de las costumbres antiguas.

**11. Importancia de la religión en orden á la ciencia social.**—Si esto ocurre con la moral, mucho más y en grado mayor se refiere á la religión. La moralidad misma se apoya en la religión. El anarquismo moral proviene del religioso. El individuo tiene, gracias á la debilidad y á la inconsecuencia humanas, la posibilidad de poder renegar, en la vida práctica, de sus convicciones religiosas, y, no

(1) *Revue des Revues*, IX, 466 y sig.

(2) *New Ireland Review*, Mayo de 1894, 175 y sig.

(3) *Frankfurter Zeitung*, de 23 Julio de 1894.

(4) Stein, *An der Wende des Jahrhunderts*, 287 y sig., 300 y sig.

obstante, mantener en su mente y corazón los principios que desmienten sus acciones. Pero esto no es tan fácil, tratándose de una colectividad. Actualmente se puede explicar la disolución de todos los vínculos morales, en razón á que la vida pública se ha desligado primeramente de todos los vínculos que la unían á Dios. De aquí que únicamente pueda remediarse el desorden moral, volviendo á restablecer en la sociedad el orden moral.

La misma sociedad debe comprender esto. Porque ¿en dónde podrá encontrar otro cemento para unir sus miembros, ó mejor, para impedir que se destruyan mutuamente? ¿Acaso en la sangre? ¿Pero si la sangre amenaza cada día con circular á torrentes! ¿Acaso en el dinero? ¡Ah, si el dinero pudiese unir á los hombres, sería éste el momento más oportuno! Porque ¿cuándo mejor que ahora en que Su Majestad el Rey de los reyes, Mammón el Único, ejerce dominio ilimitado sobre los Estados y los pueblos, sobre el arte y la ciencia, sobre el derecho, la conciencia y la moral, ya que la democracia del dinero ha suplantado á la aristocracia de la sangre y del espíritu, ya que el oro y el papel todo lo reemplaza, la falta de derecho, de honor y de confianza? Pero ¿cuándo se han mostrado los pueblos más desunidos y enemistados que hoy? ¡Y si sólo fuesen los pueblos! Pero el hombre va contra el hombre, el rico contra el pobre, el ciudadano contra el ciudadano, el hermano contra el hermano, y todos piensan únicamente en destrozarse, en deshonorarse, en aniquilarse.

Ó bien, ¿es que alguien se propone domar á las masas con esas palabras vanas y nebulosas que se emplean hoy día, en vez de la religiosidad, frases que resuenan en los oídos de la humanidad paciente, sensible y pensadora, como una burla, frases que uno tiene reparo en pronunciar, por miedo á provocar la cólera de las masas? El liberalismo no se cansa de moralizar, repitiendo constantemente la hueca palabra *altruismo* de Comte y Herberto Spencer, y mientras tanto, domina el individualismo, ó, mejor dicho, el egoísmo, de modo tal, que no lo hubiera podido